

SHAKESPEARE Y BACÓN: UN PARALELO

EL argumento que nos hemos propuesto no es nada novedoso. Por el contrario, bien antigua es la inclinación a señalar cierto paralelismo entre las vidas y las obras de algunos grandes hombres.

Sacerdotes, guerreros, filósofos, moralistas, poetas, hombres de estado y hombres de ciencia, se encuentran entre las páginas de muchísimas vidas paralelas escritas en todos los idiomas e inspiradas por el eco, si no por el asunto o el estilo, del viejo Plutarco.

Dejemos, pues, correr la semblanza de Teseo junto a la de Rómulo, o la de Alejandro con la de César.

Los tiempos, las tierras, las costumbres, los horizontes intelectuales y morales son muy distintos en pleno renacimiento inglés.

Las islas que entonces comenzaban a ser el centro de los inmensos caminos del mar, eran también puerto franco para todas las mercaderías del espíritu y para no pocas aventuras del pensamiento.

Erasmo de Rotterdam era amigo de humanistas ingleses, especialmente de Santo Tomás Moro. Juan Luis Vives, el humanista español, enseñaba en Oxford. Las tragedias de Séneca se traducían al inglés, con su secuencia de odios y venganzas, de sangre y horrores, de espectros, de fatalidad y de premoniciones. Las comedias italianas se adaptaban también al gusto de la época. *El Cortesano* de Baltasar Castiglione y *El Príncipe* de Maquiavelo se difunden en la lengua inglesa, sirviendo de figurines a los gentilemen, a los gobernantes y a los estudiantes. Plutarco es conocido a través de la versión francesa de Amyot y los *Essays* de Montaigne son puestos en inglés por el italiano Juan Florio.

Tales son, muy sucintamente bosquejadas, algunas de las corrientes que llegan desde las zonas continentales a las islas Británicas, y donde se encuentran ya algunos de los ingredientes que utilizarán Shakespeare y Bacon.

Pero estos dos hijos dilectos de la gloria son, por igual, dos genios creadores.

No importa que las traducciones de Plutarco suministraran a Shakespeare argumentos para sus dramas de temas romanos, como *Julio César*, *Coriolano* y *Antonio y Cleopatra*. Tampoco interesa, por ejemplo, que el asunto de *Romeo y Julieta* viniera de antiguo y fuera difundido en las célebres *Novelle* de Matteo Bandello, o que *Los dos hidalgos de Verona* provinieran de las *Díanas* de Jorge de Montemayor y de Gaspar de Gil Polo.

Los archivos literarios registran infinidad de relatos y de tramas

argumentales que se remontan a la antigüedad clásica o a las literaturas orientales, y que luego han servido repetidas veces a escritores españoles, italianos, franceses, ingleses, alemanes, es decir, que se trata de temas comunes a todas las lenguas neolatinas y anglosajonas.

Shakespeare se vale de estos elementos casi como un pretexto. Los funde en el crisol de su genio, y salen de él creaciones magníficas, insuperables, que han obligado a darle el título del "mayor dramaturgo de todos los siglos".

Algo semejante ocurre con Bacon. Sus *Ensayos* denotan, desde el título mismo, la influencia de los famosos *Essai* de Miguel de Montaigne. Y en el resto de su obra filosófica y científica, se señalan reminiscencias o coincidencias con Vives, Leonardo, Telesio, Giordano Bruno, etc. Sea como fuere, Bacon es también un creador genial, a quien pudo considerarse como "la mente más poderosa de los tiempos modernos".¹

No estamos, pues, simplemente ante dos vidas excepcionales de la época isabelina —tan pródigo en personajes señeros que, por muchos conceptos, viene a ser el *siglo de oro inglés*—, sino ante dos figuras de valor universal: las letras, la filosofía y las ciencias humanas quedan marcadas para siempre con las imponentes geniales shakespearianas y baconianas.

Hemos dicho letras, filosofía y ciencias humanas. Con ello queremos significar que pertenecen a todos los hombres por igual, a la humanidad y ni a una sola comarca o país, a unas islas o a un continente. Tal es su universalidad.

Como suele suceder con las figuras universales, su genio no fué fácil y prestamente admitido más allá de la tierra que las vio nacer, y a veces ni siquiera en esta última.

El propio Ben Jonson —colega y amigo más o menos leal de Shakespeare, lo mismo que de Bacon— llegó a desentender la inmensidad de la obra shakespeariana, cambianse y multiforme como la vida misma, hasta el extremo de negar que estuviera dentro del ámbito del arte.²

Cierto es que Jonson tribuló luego elogios que aparecieron versificados en la edición in-folio de 1623, poniendo a su compatriota en el primer rango entre los autores dramáticos y asegurando que no pertenecía a una época, sino a todos los tiempos: "*He was not of an age, but for all time*". La influencia del drama clásico, que perduraba en Ben Jonson y constituía la razón de sus reticencias estéticas con relación a Shakespeare, prevaleció hasta los umbrales del siglo XVIII, durante la restauración monárquica. Dryden, por ejemplo, creyó necesario adaptar varias obras shakespearianas a fin de que se ajustaran a

¹ El juicio pertenece a E. J. PAYNE, *The Cambridge Modern History*, t. I, pág. 65 (cit. por WILL DURANT, *The Story of Philosophy*, New York, Cardinal Edition, t. I, [1924], pág. 100).

² Cfr. SHAKER, *A life of William Shakespeare*, London, John Murray, 1916, página 189.

los cánones artísticos del momento. Las creaciones geniales no eran entonces respetadas en su naturaleza genuina, sino retocadas, limadas de asperezas, puestas en otros moldes estéticos, con la vana pretensión de mejorarlas. Pero ¿es posible mejorar a la naturaleza? La respuesta más categórica la darían los románticos al considerar a Shakespeare como el maestro por antonomasia, como al modelo que mejor refleja la realidad por ser la naturaleza misma.³

En Francia, el dictador Voltaire —sucesor del dictador Boileau—, aunque hizo conocer a Shakespeare, osó vituperarlo y le colgó, además, el sambenito de reputarlo "*sans la moindre étincelle de bon goût, et sans la moindre connaissance des règles*". Pese a la defensa de Diderot, pasaría una generación larga antes de que pudiera ser reivindicado plenamente el poeta de Stratford.

La estima universal llegaría más tarde con Goethe, Heine, Fuchkin, Chateaubriand, Hugo, de Musset, Sand, Monti, Manzoni, Espronceda, es decir, todas las voces más calificadas de las escuelas pre-románticas o románticas nacionales.⁴

He ahí la piedra de toque de la originalidad, que no consiste en la apología ni en el ditirambo de los iniciados, sino en la difusión y en el reconocimiento universales de sus valores. Shakespeare, que no era en rigor un romántico, llegó a ser el maestro del romanticismo. No construyó su arte sobre la metafísica, sobre la fantasía o sobre la historia; pero vino a ser maestro de dramas metafísicos, de dramas fantásticos y de dramas históricos. Him, poem, más que ser un poeta o un prosista: poetizó la vida. Por eso sus obras resultan un veneno inagotable, donde los hegelianos alemanes advertían sutilezas metafísicas, donde los realistas franceses encontraban todos los matices de la realidad y donde los psicoanalistas contemporáneos descubren todavía magníficas muestras de psicología profunda.⁵

Bacon recogió también más alabanzas formales que respeto sincero. Al comienzo le atacaron los teólogos, apegados todavía a la escolástica y precavidos contra cualquier asomo de ateísmo. Los hombres de ciencia consideraban demasiado audaz al inspirador de la *Royal Society of Sciences*. Los filósofos, por su parte, aunque hubieran sido sus discípulos directos o sus seguidores, preferían callar cuánto le debían. Tomás Hobbes y el propio Locke se muestran decididamente ingratos para con el maestro. Una vez más el reconocimiento vendría desde el continente. Gasendi se entusiasma con la lógica baconiana. Bayle eleva a Bacon a la altura "de los más grandes espíritus de su siglo", Puffendorf lo señala como el que marcó el rumbo de los descubrimientos, el

³ Cfr. SENEZ LEX, ob. cit., pág. 385; W. J. COOMANS, *A History of English Poetry*, London, Macmillan and Co., 1963, vol. IV, págs. 195 y 484 y sig.; MARIO PARR, *Storia della letteratura inglese*, Firenze, G. S. Sansoni, 1937, pág. 172.

⁴ V. SENEZ LEX, ob. cit., págs. 412 y sig.

⁵ Cfr. C. H. HARRISON, *A Sketch of the History of Shakespeare's Influence on the Continent*, en el vol. *The post-war mind of Germany and other european studies*, Oxford, At the Clarendon Press, 1927, pág. 115 y sig.

italiano Vico lo elogia y Voltaire —(injusto con Shakespeare)— lo llama sin ambages "el padre de la filosofía experimental".

No sorprenderá entonces que el nombre de Bacon figure en la portada de la *Grande Encyclopédie* y que d'Alembert y Diderot dijeras de él que fué "el más grande, el más universal y el más elocuente de los filósofos".⁶

Pero no son sólo los enciclopedistas, o los hombres de ciencia como Laplace, sino también filósofos como Kant quienes tributan justicia al señor de Verulam. Tampoco son exclusivamente el empirismo, el positivismo y el pragmatismo las orientaciones filosóficas que remontan a Bacon. Los idealistas, sobre todo ingleses, descubren en el lord Caniller rasgos de alcurnia platónica. Y así Gladstone, que rechaza la moral basada en el empirismo, condena a Locke y a Paley, aunque no vacila en comparar a Bacon con Dante.⁷

De este modo, casi sin darnos cuenta hemos alcanzado uno de los puntos salientes del paralelo entre Shakespeare y Bacon: el de su importancia decollante en el período isabelino y la influencia universal que ambos ejercieron luego con sus obras creadoras.

Lanzados ya de lleno en la aventura de ver paralelismos entre dos figuras que se encuestran en el infinito —tal como pasa con las líneas paralelas—, se impone ahora un breve interludio.

Antes de proseguir, preciso será dilucidar si no estamos malgastando el tiempo al esforzarnos por ir en pos de ciertos lineamientos existentes entre dos personajes excelsos, cuando, según algunos, se trataría en realidad de una sola y única persona.

¿Qué paralelo podríamos hacer si Shakespeare no hubiera existido, o fuera un histrión oscuro, y todas sus obras se debieran a la pluma del lord Canciller?

La superada cuestión acerca de si Bacon fué el verdadero autor de las obras puestas bajo el falso nombre de Shakespeare, se suscitó a mediados del siglo pasado. Se ha hecho notar, con un dejo de orgullo anglicano, que la gran mayoría de los que propugnan la llamada hipótesis o teoría baconiana son norteamericanos, incluyendo al célebre humorista Mark Twain.⁸ Una de las primeras sostenedoras de la tesis fué Delia Bacon, que murió loca en 1855, a los dos años de haber dado a luz sus elucubraciones. Pero no faltan tampoco ingleses, como lord Penrance, sir George Greenwood, sir Edwin Durning-Lawrence⁹, etc.

Los argumentos aducidos se refieren a la inverosimilitud de que el modesto actor de los teatros del Globo o del *Blackfriars* pudiera abar-

⁶ CHARLES DE KENTZAT, *Bacon*, Buenos Aires, Editorial Amélicar, s. l. (1944), pág. 240 y sigs.

⁷ *Op. cit.*, pág. 267 y n. 28.

⁸ Mark Twain decía, con gracejo, que entraba a testar "en la rifa Bacon-Shakespeare".

⁹ Sir Edwin Durning-Lawrence, *Bacon or Shakespeare*, London, Gay & Hancock, Ltd., MCMX.

car, siquiera en parte, la vastísima cultura volcada en las obras que pasan por suyas, y poseer los miles de vocablos generales y técnicos que se encuentran en ellas; a la escasez de datos biográficos y de documentos concernientes a Shakespeare; a las claves criptográficas que se procuran develar, etc.

Todo un repertorio de indicios pueriles son puestos en juego para abogar la singular hipótesis. Desde la larguísima palabra *honorificabilitudinitatibus*—que se lee en *Love's Labour's Lost* y se procura interpretar como escritura cifrada— hasta las portadas de algunas ediciones de Shakespeare y de Bacon. Ofrécese así, como prueba de lo dicho, una edición eleviriana de la obra de Bacon *De Dignitate et Augmentis scientiarum*, impresa en 1645. En el grabado correspondiente se observa al lord Canciller sentado ante un gran libro abierto, sobre el que apoya su mano derecha. Con la izquierda, sin embargo, levanta a una extraña criatura que, por su parte, sostiene un libro cerrado. Y aquí empieza a funcionar la interpretación esotérica. La mano izquierda, ocurecida por sombras en el grabado, es la mano del corazón y del misterio. El extraño hombrecillo está cubierto por una piel de cabra y tiene pechos postizos. Ahora bien, *tragedos* significa en griego piel de cabra; el nombre de *tragedia* proviene de que los actores se vestían con tales pieles; y las mujeres, en fin, no podían representar en tiempos de Bacon. En consecuencia, el hombrecillo es un actor, un hiatrón, y el libro cerrado que sostiene, con unas líneas cruzadas en la tapa para simbolizar un espejo, es nada menos que el "espejo de la naturaleza", o sea, el in-folio de los dramas de Shakespeare.

Según se advierte, la hipótesis es sumamente ingeniosa y, como ésta, se avanzan muchísimas más.

Pero la crítica literaria y filológica sería y responsable ha destruido, uno tras otro, todos los cabos con los que se intenta susentar la trama indiciaria que demostraría que Bacon es Shakespeare.

Igual suerte han corrido otras tentativas similares para identificar a Shakespeare con Marlowe, con Spencer o con los condes de Rutland, de Oxford o de Derby.³⁹

Quedamos, pues, en que la personalidad real y eficiente del máximo dramaturgo ha pasado indemne entre las lenguas de fuego de las ajenas glorias y entre las glosas—lenguas al fin— de los comentaristas y de los intérpretes de todos los tiempos y lugares.

³⁹ Sobre estas cuestiones, v. Smorz Lem, ob. cit., págs. 651 y sigs. Hasta hace poco, el mismo tema se ventilaba entre nosotros. El suplemento de "La Nación", del 27 de mayo de 1936, publicaba una nota, andaluz y llena de diálogos, distribuida por el King Francis Syndicate, con el título "Shakespeare o el conde de Oxford?". En el suplemento de "La Prensa", en la misma fecha, Ricardo Sáenz Hayes comentaba una biografía más del dramaturgo, traducida aquí —la de Frank Ernest Hill—, con el título de "El misterio de Shakespeare". Sáenz Hayes, por supuesto, acepta que Shakespeare es Shakespeare.

Nuestro paralelo, en consecuencia, es lícito.

Pero ¿por qué pudieron identificarse dos vidas en apariencia tan dispares?

Bacon era hijo de quien fue lord Guardasellos (*Keeper of the Great Seal*) durante cuatro lustros del reinado de Isabel y considerado como una de las columnas del reino. El reinado llegó, a su vez, a la alta dignidad de lord Canciller. El padre de Shakespeare, en cambio, era un respetable agricultor, carnicero y comerciante en cueros, que terminó en la falencia.

Para los que creen que la aristocracia de sangre o titulada es sinónimo de nobleza espiritual, de inteligencia y de cultura, Shakespeare, de modesta cuna, sin empujado tronco genealógico, y dedicado luego a los mal vistos menesteres teatrales, quedaba fuera de los esquemas mentales y sociales recibidos. Para tales gentes resultaba lógico, entonces, adscribir las obras shakespearianas a alguno de los grandes talentos de la época que, además, ostentara el título nobiliario, la patente cortesana de su jerarquía.

Este era precisamente el caso de Bacon, gran señor, gran dignatario, gran político, gran jurista, gran filósofo, gran escritor... Tantas grandezas juntas como no podría darlas realmente el mero título de grande, ni en España, ni en Inglaterra, ni en ningún otro rincón del mundo.

Más si la cuna del vizconde de Saint Albans fue dorada y tuvo blasones, las vicisitudes de la vida la ensombrecieron luego. En la cima de su carrera y de sus honores, hacia 1622, Bacon fue acusado ante la Cámara de los Comunes por el delito que hoy llamamos nosotros cohecho o mejor exacción (*bribery*). El engolado Canciller y por del reino confesó la tremenda culpa de haber exigido dinero para administrar justicia y de haberse dejado deshonrar por la corrupción. Si Bacon no fue un actor que subiera realmente a los tabladros de la fama, le cupo el destino de dar, en pleno escenario del poder, el "coznadito espectáculo de tanta gloria y de tanta vergüenza".²¹ El condenado salió en un par de días de la Torre de Londres y las demás penas le fueron prácticamente perdonadas. En su desgracia, sintiérale o no, volvió al refugio del estudio y a los esfuerzos de la creación intelectual. El mismo tenía conciencia de que iba a legar a la posteridad las luces de sus obras, no su infamia. Por eso el barón de Verulam y vizconde de Saint Albans llegó a ser, de acuerdo con el conocido juicio de Pope: "el más sabio, el más brillante y el más bajo de los hombres" (*the wisest, brightest, meanest of mankind*).

La existencia humana, mortal o inmortal, equilibra así todas las bajezas con todas las alturas, como signo de la suprema justicia.

Bacon empenó desde lo alto, subió más arriba y cayó luego verticalmente, sin arrastrar en la caída las esencias imperecederas de su genio. Shakespeare comenzó desde abajo, no ascendió muchos peldaños de

²¹ La frase es de MACAULAY, *Essays (Lord Bacon)*. London, Longmans, Green and Co, 1906, pág. 418.

la escala social, resbaló a veces, mas su fama quedará también en las alturas de la inmortalidad.

En tiempos de Isabel y de Jacobo I, los comediantes gozaban de muy menguada reputación. La religión, la moral y las buenas costumbres coincidían en juzgar más o menos escandalosas las representaciones teatrales. Suscitábanse ataques y defensas. A las prédicas y a las acusaciones, de palabra o de hecho, sucedían las "apologías". Solamente la bibliografía de las controversias acerca de la licitud del teatro en España —por ejemplo— forma un poderoso volumen de más de 700 páginas.¹² Si esto ocurría en España, no imaginemos menos celosos a los ingleses de tradiciones puritanas y calvinistas. El teatro del *Reñidero de Gaillos (Cockpit)*, en Drury Lane, era particularmente mal afamado, y se intentó destruirlo más de una vez. Aun en vida de Bacon, en 1619, el *Lord Mayor* dispuso la clausura del *Blackfriars*. Este teatro se levantó definitivamente mucho después. En 1629, Prynne, un abogado del *Lincoln's Inn* que se había excedido en las críticas, fué condenado por el tribunal a prisión perpetua, a ser expuesto en la piqueta, a que se le cortaran ambas orejas, a perder su profesión y su grado en Oxford, a pagar una multa de 5.000 libras y a que se quemara su libro: el *Histrionastix*. Finalmente, en 1642 el Parlamento ordenó el cierre de los teatros, sucediéndose otras medidas represivas, en 1647 y 1648, por las que se condenaba a los actores a penas de prisión y de azotes y se imponían multas a los espectadores.¹³

Muy lejos se estaba del prestigio que merecieron luego los grandes intérpretes dramáticos ingleses, desde Garrick hasta sir Laurence Olivier.

Esta situación contribuye a explicar acaso que el aristócrata Bacon no tuviera tratos conocidos con el cómico Shakespeare. Cierta es que Ben Jonson fué, hasta cierto punto, amigo de los dos. Pero, de todos modos, los usos sociales, los convencionalismos, las circunstancias personales, y acaso el azar, no permitieron que se inscribiera en los fastos de la cultura una amistad que pudo ser célebre como lo fueron, entre otras, las de Erasmo y Santo Tomás Moro, las de Montaigne y La Boétie, las de sir Philip Sidney y Hubert Languet, las de Lamb y Coleridge.

Si el poeta de las riberas del Avon y el señor de las tierras del Ver¹⁴ no dialogaron en la intimidad de sus vidas, lo hicieron luego a través de sus obras, públicamente, ante el inmenso foro de la humanidad.

Otros tiempos, otras costumbres y no escasa sangre hicieron que se

¹² ENRIQUE OTAZUÑO Y MONT, *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*, Madrid, Est. Tip. de la "Rev. de Archivos, Bibl. y Museos", 1904.

¹³ V. COURTNEY, *ob. cit.*, t. IV, cap. XIII (*The closing of the theaters*), páginas 386 y sigs.

¹⁴ Sobre el riacho Ver se encontraba la antigua Verulam, hoy ciudad de Saint Albans, de la que Bacon tomó su título.

respetara la eminente dignidad del hombre y los valores auténticos de la personalidad.

El aparato exterior de la vida pública no basta para disimular la indignidad de la vida privada.

El talento creador, en las artes o en las ciencias, la laboriosidad, la rectitud, el desinterés y, sobre todo, el raro equilibrio de cualidades en que consiste la sabiduría, son más que suficientes para acreditar la verdadera nobleza y para conferir títulos al unánime reconocimiento de méritos genuinos.

Hoy ya no sorprende que el genio literario se revele en personas de modestos orígenes o condición como, además de Shakespeare, sucedió en Inglaterra con Chatterton, Burns, Keats, Dickens, Meredith y muchos otros.

La inteligencia, la sensibilidad, la imaginación, la observación, los conocimientos, la originalidad, se cuentan entre las más limpias ejecutorias de la creación artística.

¿Qué paralelo sería dable trazar, a ese respecto, entre Bacon y Shakespeare?

Se ha dicho que el lord Canciller no es un poeta ni un escritor, sino un filósofo, un erudito, un jurista. La de Bacon sería una mente razonadora y fría, poco imaginativa y carente de pasión.

Pero se olvida que los *Ensayos* baconianos constituyen una obra maestra de la literatura y representan en la prosa inglesa lo que Shakespeare en el verso.

Se olvida también que el sistema filosófico basado en la interpretación de la naturaleza y puesto al servicio del hombre, era una concepción antidogmática, *secundum libertatem*, revolucionaria, transida de sensibilidad que el mismo Bacon llamaba *filantrópica*, y en la que se intaban o imaginaban nuevos senderos para la acción. *Pathos* y *pragms* que suelen estar más cerca del arte que de la filosofía.

El dulce y eterno cantor del Avon —no el "ciste" (*swan of Avon*), según la metáfora de Ben Jonson, porque esta ave canta poco y mal— no era, por supuesto, un filósofo sistemático. Sus obras, en cambio, abarcan casi todos los problemas de la naturaleza y del hombre, y a cada paso filosofa sobre ellos. Los sistemas filosóficos, grandes o pequeños, emanan de la incesante tensión de los problemas. La filosofía es problemática, antes que sistemática.

Shakespeare pudo no ser un erudito en el sentido libresco, mas poseyó riquísimas experiencias de vida y ésta es la fuente inagotable de todos los libros ya escritos y que se escribirán.

Uno fué poeta y el otro filósofo, es exacto. Habría que aclarar, sin embargo, que Shakespeare fué un poeta que filosofaba y Bacon un filósofo que poetaba. Lo que significa que ambos fueron supremos maestros del espíritu porque sintieron y amaron por igual a la sabiduría.

Hasta en el terreno jurídico es factible conducir el paralelo.

Dejando de lado la mera actividad profesional o técnica, como juez o como abogado, Bacon es el primero de los grandes pensadores del derecho inglés. Apreció el derecho y la jurisprudencia con profundidad crítica, a la luz del conocimiento de los hombres, de las instituciones, de la filosofía y de la literatura. Sus enseñanzas en *Gray's Inn* se comparan aún, casi en nuestros días, desde el punto de vista de los presupuestos culturales, con las de Maitland.¹⁶

En fin, su *Tratado de la justicia universal por aforismos*, incluido en el libro VIII del *De dignitate et augmentis scientiarum*, anticipa muchos principios fundamentales sobre los que se edificarían, siglos más tarde, los ordenamientos jurídicos que persiguen, ante todo, la salvaguardia de los derechos humanos. Por encima del sistema jurídico inglés y contra los regímenes arbitrarios, ésta es también una concepción del derecho *secundum libertatem*, válida universalmente.

Por su parte, el sumo poeta no es ni abogado ni jurista, aunque se hayan escrito libros enteros sobre los conocimientos legales de Shakespeare.¹⁸

Una apreciable cantidad de problemas jurídicos, de expresiones legales y de alusiones a asuntos forenses y tribunales, se encuentran en sus obras. De aquí se ha querido extraer uno de los indicios esgrimidos para identificarlo con Bacon. Fácil sería demostrar que el artista incurre en errores elementales de derecho. Y es natural que así sea. Una vez más, captaba lo esencial de los problemas humanos, tal como se ofrecían en la vida real, y los fundía en la craza del arte para convertirlos en el oro puro de sus dramas.

El conocimiento de las situaciones y de los términos jurídicos no debe extrañar. Entonces, como siempre, los aprendices de abogado y los letrados jóvenes frecuentaban los teatros y asistían a los comediantes en sus pteitos. La litigiosidad era muy grande en esos tiempos. Sus ecos resuenan en los dramas de Ben Jonson, de Massinger y de Webster, tanto o más que en los de Shakespeare.¹⁷

Por sobre lo dicho, las letras y el derecho tienen vinculaciones que vienen de muy lejos.

Cuando Santo Tomás Moro se negaba a patrocinar las causas que creía injustas y defendía gratuitamente a quienes no tenían con qué pagarle honorarios, ¿no poetizaba acaso el derecho?

Tomás Moro, el lord Canciller de Enrique VIII, era también humanista y literato.

¹⁶ SR WILLIAM HOLDSWORTH, *Some makers of English Law*, Cambridge, At the University Press, 1938, págs. 108-109.

¹⁷ W. L. RUSHION, *Shakespeare a Lawyer* (1858), y otros tres volúmenes sobre el mismo tema; LORD CAMERON, *Shakespeare's legal acquirements* (1859); C. K. DAVIS, *The Law in Shakespeare* (St. Paul, 1884); E. J. WATTS, *Commentaries on the Law in Shakespeare* (St. Louis, 1911).

¹⁸ Cf. *SHAWEE LAW*, ob. cit., págs. 43-44.

Su famosa Utopía está situada imaginativamente en los mares del Nuevo Mundo, partiendo del Brasil hacia el oeste y el sud, y la describe un supuesto compañero de viajes de Américo Vespucio. La utópica isla es una democracia, en la que el pueblo elige al gobernante y se reserva el derecho de derrocarlo si cae en los abusos de la tiranía.

Bacon, el oco Canciller, vuelca ideales e imaginación en la *Nueva Atlántida*¹⁸, que se encuentra partiendo del Perú por la ruta de los mares del sud. América es ya el ejemplo maravilloso —es decir: poético— de todo lo que puede hacerse en beneficio de la humanidad.

Y Shakespeare retoma el tema americano en *La Tempestad*. Calibán es el aborigen, salvaje, primitivo, que no había traspuesto del todo los umbrales de la civilización, y adorador de un dios patagónico cuyas noticias debieron llegarle al autor por los viajes de Pigafetta, de Drake y de Cavendish.

En ese mismo siglo y en las playas del Plata reaparecerán Calibán, *Ariel* y *Próspero*, personajes eternos, al conjuro de la pluma del escritor uruguayo José Enrique Rodó. Calibán no es ya el indio americano, sino el bárbaro norteamericano —una especie de *Babbitt* egoísta y pragmático—, mientras que *Ariel* simboliza el idealismo de la latinidad. No vamos a discutir las tesis de Rodó. Nos limitamos a sugerir la universalidad de las creaciones shakespearianas, por encima de las infinitas semblanzas de sus dramatis personae, como las que diseñaron Heine y Haslitt, por ejemplo.

El *Ariel*, los *Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero*, de Rodó, son, además, ensayos o "consejos civiles y morales", a la manera baconiana, que evoca incluso por su estilo alorístico.

Shakespeare y Bacon siguen así unidos en el infinito por el paralelismo de sus vidas, de sus obras y de su influjo.

Los ingleses pueden encontrar en ellos toda especie de gemas: naturaleza y ficción, física y metafísica, filosofía, ciencia, religión, moral, arte, derecho, política, psicología, sociología, poesía, *ut and Honour...* Lo mismo hacían los griegos con Homero.

Fuera de Inglaterra y del continente europeo, sobre todo en América del Sud o del Norte, también son nuestros los sabios de oriente: *the wise men from the East*.

Bacon y Shakespeare, pues, seguirán siendo dos astros luminosos que sirven de guía a la humanidad en la penosa ascensión hacia las más altas cumbres del espíritu.

FRANCISCO P. LAFLAZA

¹⁸ FRANCIS BACON, *La Nueva Atlántida*, trad. y anotada por JUAN ANGELO VÁZQUEZ, BUENOS AIRES, Editorial Lomda, s. f. (1961).